



Dibujo por ALFONSO DE LARA GALLARDO

Jorge Delorme y Campos, Luis Vázquez Foncecerra, Agustín Bancalari, Adrián Puga... Todos con sus levitillas o sus paletós cruzados, muy solemnes, allá encumbrados en su alta cátedra mirándonos como microbios, menos el señor Escudero que luego de terminar, venía a charlar con nosotros, después de su clase. Era liberal, como la mayoría de los maestros y alumnos, pero había también conservadores. Nosotros éramos radicales. Otros, moderados; y muchos indiferentes.

Llegaron los días sangrientos. —Buelna y yo, fuimos expulsados del Liceo como consecuencia de los motines anti-corrallistas y por haber encabezado a los camaradas del Liceo cuando echamos abajo el cancel de fierro del portón para salir a pelear contra los porfiristas. Después huímos a México, perseguidos. Mi trabajo de caricaturista del semanario El Perico se acabó. Lo habían hecho Carlos Sthal, Guillermo Enrique Simóni y yo. Heriberto Frías y Rafael Martínez, Rip. Rip., que venían huyendo de Mazatlán, nos invitaron a trabajar con ellos en el órgano periodístico del maderismo y nos pagaron el viaje a la metrópoli. Todos nos perdimos de vista por mucho tiempo. Sufrimos como la generalidad, como nuestras familias, como todo el mundo. En 1913, de vuelta a Guadalajara, fundamos el Centro Bohemio, Xavier Guerrero, Carlos Sthal y yo, siendo Enrique uno de los constantes. La Marcha Triunfal era para entonces lo que prefería recitar, alternado con Juan de Dios Robledo, admirador de Amado Nervo, con los cuatro Coroneles de la Reina: y con Agustín Basave que prefería a José Santos Chocano. Los lazos amistosos de la primera juventud, se fortalecieron en el Centro Bohemio. Una conciencia de grupo muy firme, nos orientaba hacia deseos no precisos aún, pero con los que todos comulgábamos. En nuestros periódicos atacábamos cuanto nos parecía mal hecho o mal pensado y con ello creamos ideas prácticas, que ilustrábamos con sátiras y caricaturas. Ninguno o casi ninguno, militó hasta entonces activamente en las campañas políticas, salvo algunos en las militares: Robledo, González Madrid, Buelna, Alfaro Siqueiros que llegó por aquellos días con Jesús S. Soto y con José de Jesús Ibarra. Unos fueron carrancistas, otros villistas. Nosotros permanecemos al margen y logramos con ello salvar, primero, a Mariano Azuela y luego, con su ayuda, a José de Jesús Ibarra, que había quedado herido en mi casa de la Seattle, cuando él era Capitán del Estado Mayor del General Diéguez. No teníamos programa escrito, ni nuestro grupo se pudo nombre ni aprobó estatutos ni reglamentos. Todo estaba fincado sobre lo

que había sido nuestra propia obra: lecturas, conferencias, estudios, discusiones, acontecimientos. Fundamos varios periódicos: Etcétera, Gil Blas, 30-30, La Sátira, Rigoleto. Ninguno de nosotros perseguía ningún fin egoísta. No pedíamos nada y nos desenvolvíamos formándonos lejos de las esferas oficiales y, en cierto modo contra ellas. El gran Ixca Fariás, Alfredo Romo, Carlos Orozco Romero, Amado de la Cueva, Juan Antonio y Ramón Córdoba, Javier Guerrero y Carlos Sthal, José de Jesús Ibarra, Alberto Venegas, Alfonso Michel, José Ceballos, Luis de la Torre, Gabriel Ayala, León Muñiz, José Luis Figueroa y yo, éramos el escuadrón de pintores y dibujantes. Poetas y escritores, eran los ya mencionados, más Manuel Hernández Galván, Joaquín Vidrio, Alberto Macías, Antonio Castellón Zúñiga, Luis Gutiérrez Trillo, Gustavo R. Cristo, José G. Montes de Oca, Manuel Martínez Valadez, Jesús S. Soto, Rodolfo Delgado, Xavier Enciso, Agustín Arreola Valadez, Guillermo Jiménez y Jesús Sauza González.

La banda de los músicos estaba formada por Eugenio Padilla, Andrés Sandoval, Fernando Martín del Campo, Roberto Gutiérrez Arriola, José Rolón, Juan José Serratos, Luis Abitia, Alfredo Levy, el violinista Campa, Enrique Gama, Juan José Espinoza, Nacho Gómez Gallardo y Chema Lupercio, eran los fotógrafos. Aparte de León Muñiz teníamos en la escuadra de escultores a Humberto Pedretfa, a Criveli, a Juan Hernández, a Julio Adeath y a Pedro Sánchez, primo de Manuel Martínez Valadez. Nuestras reuniones eran a todas horas. Ahí vivíamos a veces, en la calle de Toisa 575, algunos de nosotros. Ya en otra ocasión referiré la multitud de aventuras que acontecieron en aquella primorosa casita. Poco a poco, casi sin sentirlo, caímos de pronto en actividades políticas y en conspiraciones. Otra vez nos esparcimos por diferentes lugares, obligados por las circunstancias.

Enrique se fue a Chihuahua. Yo salí de aquí oculto en un tren en que Rafael Buelna llevaba equipo militar. Ya había llegado él a General de División y era famosísimo por valeroso e inteligente. Otra vez se vivió en la anarquía, en desfallecimientos, en epidemias, que con mayor intensidad y desasosiego y mayores sufrimientos y penalidades cayeron sobre la población. Al triunfar, nuestra suerte estaba ya echada. Reaparecieron La Sátira y Gil Blas, semanarios humorísticos. Nos adueñamos de los partidos políticos y fui electo Diputado al Congreso de la Unión por Guadalajara, siendo Director de la Biblioteca Pública, designado por Ignacio Ramos Praslow. Este aceptó nombrar en ese puesto a Enrique, a quien ya

habíamos llamado para que viniera a luchar con nosotros, así como a David y a Napoleón Orozco que estaban en Nuevo León. Pronto, todos ocupamos puestos de elección popular, que ganábamos en formación cerrada, todos juntos. Enrique fue diputado local, y muchas, muchísimas veces su intervención valió éxitos decisivos para el grupo, como cuando derrocamos a Basilio Vadillo. Lo habíamos llevado en triunfo hasta la gubernatura, pero se empeñó en sostener a gentes extrañas a Jalisco, y en una reñida oposición llena de episodios rudos, le ganamos la partida. Entonces publicamos "Basilio", con caricaturas. Luego la conciencia del grupo era ya precisa, estábamos fogueados, conocíamos los caminos de la realización y los estábamos siguiendo resueltos y confiados en nuestro destino. El pueblo nos tenía una confianza ilimitada, en todas partes se nos quería, se nos apoyaba, se nos alentaba para seguir adelante.

Así llegamos a ser dueños del futuro de Jalisco.

Enrique fue de los que más hicieron; de los que con mayor conciencia traducían a los hechos aquellos deseos no nacidos en los principios del siglo. Cada uno se dio por entero a la causa y por eso pudimos dejar una herencia efectiva. Por eso La Universidad, nuestra Casa de Estudios, es ahora una realidad. Anteriormente a ella, habíamos dado cima a la organización de Sindicatos y Comunidades Agrarias, expidiendo leyes y reglamentos adecuados a una política de justicia social en las fábricas y en el campo. Por eso es inútil tratar de negar que la Universidad está dedicada al servicio del pueblo. Para él se creó y resulta inútil pretender vincularla con aquella otra que existió y murió al servicio de intereses contrarios al pueblo jalisciense. Nada de togas, borlas y birretes anacrónicos. La pura ciudadanía simple y sencilla, sin disfraces teatrales. Yo había intervenido en la fundación de la Secretaría de Educación Pública siendo Presidente de la Comisión de Enseñanza del Congreso de la Unión, en la que celebramos juntas con la cooperación de Antonio Caso, de Ezequiel Chávez y de José Vasconcelos. Había conocido ahí el pensamiento más elevado de la revolución al respecto, y contaba aquí con la colaboración, en primer lugar, de mis compañeros de grupo y luego con la intelectualidad jalisciense, que contribuyó a dar forma a nuestra Casa de Estudios. Las deliberaciones en las sesiones que se verificaron al respecto, fueron tomadas taquígraficamente y sólo unas pocas de las versiones se han perdido, por maniobra reaccionaria de alguno de los gobiernos posteriores al que yo presidí.

Enrique dio cuanto tuvo y pudo para

esa obra y todos sabemos cuánto podía. Antes le encargué la Dirección de la Politécnica, que era la Escuela preferida. Nunca me pidió que lo nombrara Rector. La víspera ignoraba que lo sería y cuando se lo comuniqué, aún se resistía. Solamente aceptó, cuando le hice ver que, de no ser uno de nosotros el primer Rector, podríamos malograr el esfuerzo. Hasta el ridículo nos amenazaba, porque en esos días, tan lejanos ya, se veía como un alarde pedantón el fundar una Universidad fuera de la Capital de la República. Ni él ni yo, aisladamente, somos los autores de tan importante creación cultural y social. Nació de la conciencia de un grupo de ciudadanos cuyo pensamiento, su espíritu y su sección, por años estuvo entregado al servicio de la verdad, y del interés colectivo. El tránsito de las innatas actividades artísticas a las políticas y sociales, benefició al pueblo, no a nosotros; puesto que nuestro destino artístico quedó frustrado ante los deberes políticos, los que sin embargo, con entregamiento absoluto, acudimos a cumplir.

Todos los méritos que se han atribuido a Enrique, son aquí en mi palabra, reconocidos a nombre de todos nuestros contemporáneos y compañeros de lucha. A ellos, agregé los que en toda la vida, desde aquella tarde en el tendajón de la Plaza de Toros, le abonamos y reconocimos sus condiscípulos. Y como sería incongruente si no terminara mis palabras con el recuerdo de otras de él, recitando a Nervo, aquí las transcribo con fervor:

*Oh muerte, tu que eres madre de la filosofía
Tu ennobleces la vida con un ¡QUIEN SABE! y das
sabor a nuestras horas con tu melancolía.
En todo lo que es grande-dolor, amor-tú estás.
Arco triunfal de mármol negro, por donde pasa
Dignificada, el alma que sin cesar luchó,
cual héroe taciturno: regalo, abrigo, casa,
de quien desnudo y solo la dura tierra holló...*

★★
★